

ra. Antes que el jóven hubiera podido alcanzarla, trepó por el mogote, como si la arrastrase una fuerza desconocida, y desde allí, pálida, medio loca, tendiendo los brazos hácia el mar y levantándolos al cielo, exclamó:

—¡La goleta!

Luego, volviéndose á Emiliano, aterrado por su desesperacion, añadió con voz sombría:

—Mirad; ved el buque del capitán Samuel; ved la bandera roja que llevaba el otro día, sí, el día que firmé mi contrato de esponsales.

### XXXVII.

Emiliano reconoció, en efecto, la goleta del capitán Samuel, que corría una bordada á la entrada de Royan: Margarita habia adivinado la vuelta de su prometido por uno de esos presentimientos secretos que podrian llamarse la doble vista de la conciencia.

La jóven contempló durante un momento la goleta, graciosamente inclinada sobre un costado; luego retrocedió un paso, vaciló, dió una vuelta sobre sí misma y rodó por la arena. Arrancaba la yerba, sollozaba, reía; su rostro convulso tomaba

por momentos la expresion de una serenidad angélica, pero en seguida volvía á sollozar y á reir como en un acceso de locura.

Emiliano trató de levantarla; pero la infeliz le rechazaba, le atraía luego para volverle á rechazar, y fijaba en su rostro esa mirada indescripible que en sus últimos momentos fija el moribundo sobre su asesino. Tras este primer paroxismo de delirio, se incorporó de pronto, y viendo que el jóven la sostenía con un brazo, le rechazó bruscamente con aire de indignacion.

—¿Quién sois?—exclamó;—¡no os conozco!

Y como Emiliano, aterrado por aquella tempestad de dolores, tratase de consolarla, exclamó:

—Hace un momento teníais una escopeta.

Emiliano guardó silencio.

—Id á buscarla,—repuso la jóven.

—¿Para qué, Dios mio?—replicó temblando el estudiante.

—Para acabar de matarme,—replicó friamente la niña.

Emiliano sintió caer sobre su conciencia la sangre que vertía aquel pobre corazón desgarrado, y viendo la patética belleza de Margarita en su desesperacion, se sintió conmovido y dijo:

—¡Juro por la memoria de mi madre.....

—¡No jureis!—exclamó Margarita;—¡tambien yo habia jurado! ¿Acaso por eso no habíais de en-

gañarme? ¿No he engañado yo al que había recibido mi juramento?

Emiliano cogió la mano de Margarita y la sintió fría como el hielo.

—¿Qué temes, mi dulce amiga?—dijo;—¿no soy ya tu esposo?.....

—¿Qué decís?—repuso la jóven con el acento de la dignidad ofendida;—¿quién os ha dado derecho para hablarme así? ¡Mi esposo vos!..... ¡Mentira! Mi esposo es otro, un hombre de corazón leal..... Le he dado mi palabra..... y por consiguiente, debo morir.

Hizo un movimiento para desprender su mano de la del jóven; pero vió en su dedo una sortija con una cifra entrelazada, y exclamó con terror:

—¿Qué sortija es esa?

—Es la prenda de nuestra union,—respondió el jóven quitándose la alhaja y poniéndola en un dedo de Margarita.

La jóven recibió el anillo con profunda indiferencia; pero en seguida se la arrancó, y arrojándola lejos de sí, repuso:

—¡Esta sortija es de otra!

Su mirada tenia en aquel momento el lívido resplandor del relámpago. Rechazó violentamente al jóven y dijo con desprecio:

—Idos; me dais horror.

Pero asiéndole en seguida por un brazo, repuso:

—No; quedaos: ya veis que no puedo andar..... y además, vos sois quien debe llevarme á mi padre, arrojarme á su puerta y decir: «Ahí está; haced de ella lo que queráis.»

Emiliano cogió una rama de siempreviva y la presentó á la jóven diciendo:

—Hé aquí mi alma; vos la habeis hecho inmortal.

Estas palabras, dichas con voz conmovida, parecieron devolver la paz al corazón de la jóven. Miró durante un momento la rama de siempreviva, luego la rompió por la mitad, guardó una parte y dando la otra al jóven, exclamó:

—Si algun día quereis abandonarme, no me lo digais; ese golpe seria demasiado cruel; enviadme esta rama, y todo habrá concluido. ¡Dios me ayudará en esa prueba suprema!

—¡Gracias!—dijo Emiliano poniéndose la rama en el pecho;—¡mientras lata mi corazón, esta flor permanecerá sobre él para recordarme el momento más feliz de mi existencia!

—Y el más triste de la mia,—suspiró Margarita;—ahora dejadme sola; necesito llorar.

Emiliano comprendió que ninguna palabra humana podia en aquel momento devolver la tranquilidad á aquel corazón desgarrado, y cogió la diestra de Margarita para besarla antes de alejarse.

—¡No, esa no!—exclamó la jóven.

En efecto, aquella mano habia recibido un beso y una lágrima del capitán.

Emiliano la besó respetuosamente la mano izquierda, y se alejó en dirección al camino de Chaillevette.

La pobre víctima permaneció inmóvil en el mismo sitio, sumergida en un profundo estupor.

—¿Qué ha pasado por mí?—pensaba.—Hace un momento era lo que debe ser toda jóven honrada; pero ha venido un hombre, un hombre que sabe cantar, á quien apenas conozco..... ¡y todo lo que formaba mi alegría y mi orgullo, la alegría y el consuelo de mis padres, se ha desvanecido para siempre!..... ¡Oh, padre mio! ¿por qué habeis venido?..... ¡Yo estaba salvada; tomo al cielo por testigo!

¡Infeliz! Olvidaba que abrir el corazón es entregarlo.

### XXXVIII.

En tanto que Margarita, con la frente apoyada en las manos, parecia cavar su tumba con la mirada, entró en la granja un hombre chorreando agua, tiritando como si saliese de un baño y jurando de una manera terrible.

El escribano soltó una carcajada al verlo.

—¿Qué te ha pasado, mi pobre Gargani?—dijo;—pareces un triton.

—Me sofoco,—respondió Gargani;—dadme un vaso de vino: acabo de beber más agua de la conveniente y necesito tomar fuerzas.

El escribano presentó una botella al guardabosque, que se bebió la mitad.

—Ahora,—repuso,—permitid que encienda un poco de fuego para secarme, y os contaré lo que ha pasado.

Ardió en el hogar un manojo de sarmientos, y cuando Gargani empezó á secarse, dijo:

—Marchaba á lo largo de vuestra cerca, vigilando para que no entrasen en el sembrado los gansos del tío Picoulet, cuando oí en el bosque la carrera de un hombre, y poco despues ví salir á un individuo con una escopeta al hombro y el rostro cubierto con el ala del sombrero, que tomó á escape hácia el molino de Gautier. Eché á correr para cortarle el camino antes que atravesase el canal; me detuve en la misma orilla, y cuando llegó le dí el alto; pero el maldito bribon, en vez de obedecer á la ley, se echó sobre mí con la cabeza baja, me dió en el pecho un golpe terrible, me cogió al mismo tiempo por las piernas, y fuí dando una voltereta á zambullirme en el reino de las ranas. En seguida saltó el canal, cosa que me

parecía que no habría en el mundo quien la hiciese, y cuando pude ponerme de pié y salir del agua, el tunante había subido la cuesta del molino, y soltando un tiro al aire, gritó: ¡Viva el emperador! grito prohibido, sí señor, grito sedicioso; puesto que tenemos un rey de nuestra elección.

—¿Y no te has hecho cargo de las señas del malhechor.

—En verdad que no; pero sería uno de esos bañistas que vienen todos los días á matar en nuestras narices las palomas de nuestros palomares.

—¿Qué trage llevaba?

—Sombrero de paja y chaqueta de terciopelo.

—Pues entonces no te tomes el trabajo de presentar la queja.

—¿Por qué?

—Porque el culpable debe ser el sobrino del juez de paz.

—¡El Sr. Emiliano Sabran! ¡no es posible! ¡Ayer mismo me dió cinco francos por llevar un ramillete.....

El guarda iba á cometer una indiscrecion; pero el escribano le dijo:

—Pues él debe ser: esta mañana le ví con ese mismo trage..... Pero, ¿qué diablos venia á hacer en mi granja?

Y una nube cubrió el rostro del escribano.

—¡Ah! ¡el Sr. Emiliano Sabran!—exclamó Gargani;—¡bueno! ¡ya me las pagará! Pero mi ropa está ya seca..... Adios, Sr. Broutet.

Gargani se dirigió en seguida al castillo de Chaillevette, y entró resueltamente en el gabinete del juez de paz.

M. Lalande, con el rostro medio oculto tras unas enormes antiparras, hojeaba con cólera un legajo de papeles, en tanto que su hija, sentada al lado de la vidriera, hacia un par de calcetines.

Al ruido que hizo Gargani al entrar, el juez levantó la cabeza.

—Sr. Lalande,—dijo el guardabosque,—perdonadme; pero tengo que hablaros.

—Pues vuelve mañana,—replicó el juez.

—Perdonad, Sr. Lalande; pero mañana sería demasiado tarde. Os he oido decir más de una vez que queríais casar á la señorita Isabel con el señorito Emiliano: un sobrino debe obedecer como un hijo, cuando su tío hace las veces de padre. Pues bien; el señorito Emiliano anda tras una jóven.....

—¡Esa es una calumnia!—exclamó Isabel.

—Lo será, si quereis; pero yo sé quién ha llevado un ramillete de parte del señorito Emiliano, y hoy he visto salir á vuestro primo de cierto lugar donde debia encontrar á esa jóven.

—¿Y quién es?

Gargani vaciló un momento; pero luego, inclinandose al oído del juez, exclamó:

—La señorita Margarita.

Y dicho esto, saludó respetuosamente y salió.

### XXXIX.

La confianza de Gargani había elevado hasta su *máximum* el mal humor del juez de paz, ya muy irritado por los papeles que estaba leyendo, los cuales contenían la cifra y el carácter de las deudas contraídas en París por su sobrino, y que ascendían á la respetable suma de cincuenta y dos mil setecientos cuarenta y dos francos con sesenta y cinco céntimos.

M. Lalande dispuso sobre la mesa todas las piezas de convicción y esperó la llegada del culpable. Cuando entró Emiliano tarareando un *aria* de *Roberto el Diablo*, el juez frunció el entrecejo.

—Sentaos, caballero,—le dijo,—y responded á las preguntas que voy á dirigiros.

Emiliano estaba desde la niñez acostumbrado á respetar el principio de autoridad en la persona de su tío, y aunque el principio había desapare-

cido de su espíritu, la persona seguía ejerciendo sobre él la habitual dominación.

Sentóse, pues, y cruzó una pierna sobre otra para dar á su sumisión una apariencia de dignidad.

—¿Podríaís decirme,—exclamó el juez,—si la suma de cuatrocientos francos mensuales que recibís puntualmente en París es bastante para cubrir vuestros gastos?

Emiliano respiró al oír estas palabras.

—Algun acreedor que le ha escrito,—pensó.

Y contestó á su tío:

—Con corta diferencia, sí señor.

—¿Decís con corta diferencia?

—Sí; porque los jóvenes, que no siempre son económicos.....

—Pueden contraer deudas, ¿no es verdad?

—No quería decir eso; sino que equilibran difícilmente sus gastos con sus ingresos.

—¿Y á qué suma asciende el déficit de vuestro presupuesto?

Y el juez, al decir esto, miraba á su sobrino por encima de sus antiparras.

—No lo sé á punto fijo; pero tal vez llegará á cinco mil francos.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Mentís,—exclamó el juez con voz de trueno.

—La frase no es parlamentaria,—repuso el jóven tratando de sonreír.

Y creyendo que con otros cinco mil francos podría cerrar el debate, añadió:

—Pongamos diez mil, si quereis.

Suponia que su tío no era capaz de oír una suma más considerable sin caer atacado de una apoplejía.

—¡Diez mil francos!—repuso el viejo.

—Más bien menos que más.

—Mentís otra vez,—replicó el juez de paz;—vuestras deudas pasan de cincuenta mil francos.

La verdad estalló como una bomba. Emiliano se levantó vivamente, y quiso retirarse; pero el juez le detuvo con imperio.

—Permaneced sentado,—dijo;—tengo que pedir os otras explicaciones.

El jóven comprendió la gravedad de la situación, y aunque creía que su tío abusaba de su autoridad, volvió á sentarse y esperó en silencio.

El juez cogió uno de los papeles y dijo:

—¿Podreis explicarme el consumo de euatro mil kilógramos de azúcar refinada en el espacio de dos meses? Hé aquí la factura firmada por Narjaud, comerciante de géneros coloniales al por mayor, calle de la Vieille-Truanderie.

—Quise ensayar la carrera del comercio,—res-

pondió Emiliano,—y tomé parte en una empresa de refinacion.

El juez de paz hizo un gesto.

—No, caballero,—dijo;—teníais necesidad de dinero y recurrísteis á un prestamista; éste no tenía metálico, pero tenía azúcar; os prestó su género, y vos lo vendísteis á mitad de precio á uno de sus compadres. Pasemos á otro artículo. Hé aquí una nota de M. Corbineau, tapicero, que reclama seis mil francos por haber amueblado, por encargo vuestro, la habitacion de la señorita Celeste: eso dice la factura. Ahora bien, ¿bajo qué título estais encargado de proveer á esa señorita de lechos de palisandro, porcelana de Sajonia, divanes de terciopelo y cortinas de damasco?

Isabel sollozaba, mordiéndose con rábía su pañuelo; Emiliano retoreia maquinalmente un boton de su levita.

—Pasemos á otro artículo,—repuso el juez;—M. Soubireau, fondista, reclama dos mil francos por las comidas servidas durante dos meses á la señorita Honorina: solo el vino de Champagne figura por cuatrocientos francos.

Emiliano guardó silencio; su prima continuaba sollozando.

—Hé aquí otra factura,—añadió el juez;—los señores Arnaud hermanos, comerciantes en géneros de moda, piden cuatro mil francos por cha-

les, manteletas, cintas, adornos y otros objetos de fantasía, entregado por orden vuestra á las señoritas Celeste y Honorina, ya nombradas, y además, á cierta Luisa Fanchon, que hasta ahora habia permanecido oculta. ¿Os habíais impuesto acaso la mision de sostener, alimentar y vestir á todas las señoritas de la capital?

—El maldito viejo lo sabe todo,—pensó Emiliano;—esto es un complot de mis acreedores.

—El resto,—añadió el juez,—no son más que bagatelas. El señor debe dos mil francos á su sastre; cinco mil al mueblista por cuadros, espejos y objetos de bronce; otros cinco mil al diamantista por sortijas, cadenas de oro y alfileres; seis mil al almacenista de coches por el alquiler de un cupé; y además otros cuatro mil á diversas personas por distintos conceptos, sin contar los demás que aún ignoro y cuya nota vendrá sin duda más tarde. Total: cincuenta y dos mil setecientos cuarenta y dos francos, con sesenta y cinco céntimos.

## XL.

El juez se quitó las antiparras, las puso sobre los papeles, y cruzando los brazos con aire solemne, dijo:

—Miradme de frente, señor mio, y escuchad con atencion lo que voy á deciros. Cuando murió vuestra madre, érais ya huérfano de padre y estábais aún en edad muy temprana. Juré sobre el lecho de muerte de mi hermana velar por vuestra infancia y por vuestra educacion, y apenas tuvisteis edad suficiente os envié al seminario de Pons para que os inoculasen principios religiosos. Nada os he economizado: quisisteis aprender música, y os tomé un maestro de clave; quisisteis tener tambien maestro de baile, y sabeis bailar como un peon. No ignorais que vuestro padre, en la época de su matrimonio, solo poseía su capa y su espada; vuestra madre, por su parte, solo os dejó cien mil francos próximamente en tierras de mala calidad.

El juez hubiera debido decir trescientos mil francos en tierras de primer orden.

—Como vuestras propiedades estaban enclavadas en las mias y cargadas de servidumbres,—añadió,—quise engrandecer vuestro capital cambiando con vos viñas de gran producto por otras de calidad mediana.

Para decir la verdad, el juez hubiera debido expresar lo contrario.

—En fin,—añadió,—no encontrando quien quisiera arrendar vuestras tierras, yo mismo las tomé en arrendamiento por dos mil francos anuales; y

como cada año os he enviado cinco mil francos á París, resulta que me debeis tres mil francos por cada año, sin contar los intereses y las mejoras que he hecho en vuestras propiedades, y que no bajarán de veinte mil francos. Soy, pues, vuestro acreedor por la mayor parte, si no por la totalidad, de lo que poseeis, y vos, en cambio, habeis recompensado mis sacrificios contrayendo deuda sobre deuda y comprometiendo mi crédito para arrastrarme en vuestra ruina. Ahora bien, habeis llegado á la mayor edad: yo no quiero seguir administrando vuestra fortuna; administradla vos, haced bancarrota, pagad á vuestros acreedores.

—Los pagaré,—replicó altivamente Emiliano, que sentia grandes deseos de rebelarse.

—Hablaeis cuando yo haya concluido,—repuso el juez;—los pagareis, está bien; pero reembolsareis tambien mis adelantos. No es esto todo: no solo habeis tirado vuestra herencia por la ventana, sino que habeis traído aquí el escándalo con vuestra depravada conducta: os han visto galantear públicamente á una coquetuela, á una hija de nadie, á la prometida de un corsario, de un aventurero.

—Tío,—respondió friamente Emiliano;—he oído con paciencia vuestra reprension, porque os debo respeto; pero no reconozco en vos el derecho

de insultar á una jóven que merece toda mi estimacion.

—¡La ama!—exclamó Isabel cubriéndose el rostro con su pañuelo;—¿qué vá á ser de mí?

—Una chiquilla,—repuso el juez,—que deberia por lo ménos respetar el compromiso que ha contraído.

—No puedo continuar oyéndoos con serenidad, y me retiro,—replicó Emiliano cogiendo su sombrero.

El irritado viejo dió un puñetazo á la mesa, echándola á rodar, y exclamó con cólera:

—Sí; retírate, hijo maldito, y no vuelvas á presentarte ante mi vista.

Isabel corrió á su padre, y echándole los brazos al cuello, dijo:

—¡Gracia, padre mio, gracia; no le maldigais aún!

Emiliano salió.

—Tráeme la botella del aguardiente,—dijo el juez á la jóven.

La botella del aguardiente era el bálsamo que le devolvía la calma despues de un acceso de cólera.

Isabel llevó á su padre este remedio supremo, y en tanto que el viejo extinguía lentamente su furor en un vaso de alcohol, corrió á la estancia de su primo, á quien encontró haciendo la maleta,

y cogiéndole afectuosamente la mano, le dijo con acento conmovido:

—Ya sé que no me amas; pero concédeme la última prueba de amistad.

—¿Por qué dices que no te amo?—exclamó el joven;—¿qué debo hacer para probarte mi cariño?

—Permanecer aquí hasta mañana.

—Te lo concedo.

Isabel bajó inmediatamente al lado de su padre: el aguardiente habia producido su efecto.

—Vé á buscar á tu primo,—la dijo.

Emiliano, aterrado por la perspectiva de un rompimiento, acudió al llamamiento de su tío para firmar la capitulación.

—Tengo lástima de vuestra juventud y quiero separaros del abismo,—dijo el juez,—pero es con la condicion de que marcheis inmediatamente á París. Os daré una carta para mi amigo el consejero de Estado, y él pagará vuestro espantoso déficit. Estareis un año practicando, puesto que ya teneis vuestro título, y despues de ese noviciado os prometo una plaza de sustituto. El dia de vuestro nombramiento pondré en ejecucion el proyecto que he formado para vuestra felicidad. Ya he rehusado la mano de Isabel á muy buenos partidos, porque en memoria de mi pobre hermana siempre he pensado que seais mi heredero. El dia de vuestro casamiento os donaré todos mis

bienes muebles é inmuebles. Esta es mi última palabra: os dejo la noche para que tomeis una resolucion.

La noche es buena consejera, y Emiliano reflexionó seriamente en todas las peripecias de aquel dia. Por la mañana habia satisfecho un amor de joven y de poeta; por la tarde habia tocado las consecuencias de una vida de disipacion; por la mañana habia jurado sobre la memoria de su madre casarse con una joven á quien habia seducido; por la tarde le imponian la obligacion de casarse con otra mujer, á quien no amaba, so pena de caer en la miseria. Mediante una hábil gestion de la tutela, su tío habia encontrado el medio de confiscar su patrimonio. Si se quejaba, podia perder el pleito; si, por el contrario, le ganaba, su tío le desheredaria sin remision.

Por un respeto supersticioso á la palabra dada sacrificaba la primera fortuna territorial del país, y agobiado de deudas como estaba, teniendo apenas el dinero necesario para montar una casa humilde, condenaba á su mujer y se condenaba él mismo á la miseria. Así, pues, partiendo del principio de que un sacrificio de esta naturaleza es una verdadera estupidez, puesto que causa la desgracia de dos personas, Emiliano dijo:

—Me decido á casarme con Isabel. Margarita llorará un poco; pero se casará con el capitán,

perdonará de buen grado la infidelidad..... y aun apuesto á que pondrá mi nombre al primer hijo que tenga.

Y un pensamiento diabólico atravesó la imaginacion del jóven.

Apenas apareció el sol, Emiliano hizo saber á su tio que aceptaba sus condiciones. El juez exigió que la partida de su sobrino se efectuase lo más pronto posible, para arrancarle, segun decia, á la seduccion de la sirena, y Gargani marchó inmediatamente á Royan para retener un asiento en la diligencia que al dia siguiente debia salir para Rochefort.

## XLI.

A la misma hora en que Emiliano Sabran faltaba á la palabra dada para librarse de la bancarota por medio de un perjurio, la goleta del capitán Samuel entraba á toda vela en el puerto de Royan.

Apenas saltó en tierra, el marino corrió á llevar á su prometida el regalo de boda, verdadera locura de enamorado, pues era nada ménos que un cofrecillo que encerraba un aderezo digno de figu-

rar en el atavío de una elegante del barrio de Saint-Germain.

—Venid á consolar á vuestra novia,—le dijo el escribano;—desde que os marchásteis no ha hecho más que llorar, y creo, Dios me perdone, que está llorando ahora mismo. Id á su cuarto.

Y como el capitán parecia esperar que el buen hombre le condujese á la habitacion de su hija, añadió:

—Id solo, id solo: mi presencia seria importuna.

Y diciendo esto, el escribano empujó al capitán hácia la escalera.

Margarita, sentada en un sillón, con el codo apoyado en la rodilla y la frente en la mano, habia agotado sus lágrimas y estaba como abismada en una especie de atontamiento indefinible. Una trenza medio desehecha caía por su espalda, y su última lágrima se deslizaba á lo largo de su mejilla. Cuando el capitán entró en la estancia, Margarita volvió ligeramente la cabeza y le miró un momento de una manera estúpida. Hacia ya largo rato que le veía con su pensamiento; pero de pronto lanzó un grito: acababa de reconocerle.

—¡Es él!—exclamó.

Y ocultó precipitadamente su rostro en la cortinilla de la ventana; luego, arrojando aquel

velo lejos de sí, se dirigió al capitán y dijo con horrible ansiedad.

—Vos me amais, ¿no es verdad? Debeis amarme, pues nadie se casa con una mujer sin amarla.

—Si otra que vos,—respondió el capitán,—hubiera hecho esa pregunta, moriría.

—Pues bien, dadme vuestra mano, y en el nombre y por el recuerdo de este amor, juradme.....

Y un sollozo ahogó sus palabras.

—Pero ¿qué teneis, hija mia?—preguntó el capitán, asustado por la febril agitación de Margarita.

—Juradme no tratar de vengaros ni de vengarme.

—¡Vengaros! ¡vengarme! Pero ¿de quién?... Hablad; tengo derecho á exigirlo, puesto que sois mi prometida.

Margarita movió dolorosamente la cabeza.

—No lo soy ya,—repuso.

—¡Ay del que lo diga!—exclamó el capitán;—¡si vos lo dijerais, seria tanto como negar á Dios, y podriais morir!

—Antes de vuestra marcha,—repuso dolorosamente la jóven,—habia aquí una Margarita pura y piadosa, digna de vos y reconocida á vuestro amor; pero esa Margarita no existe ya; ha pasado por ella algo más terrible que la muerte, y debeis olvidarla.

El capitán se quedó como si le hubiera herido un rayo: sus ojos se inyectaron en sangre, arrojó al suelo el cofrecito que tenia en la mano, lo pisoteó, haciéndolo pedazos, y con los puños cerrados y los labios temblorosos, lívido como un cadáver, exclamó:

—¿Quién puede creer en la virtud y en el candor?..... ¡Habia creido verlo escrito en la frente y en el alma de una jóven, y esa frente mentia, y en esa alma anidaba la traicion!.... Haré más que olvidarla; la desprecio.

—¡Loado sea Dios!—exclamó Margarita;—¡al ménos sufriré yo sola, y ese es mi último consuelo!

Pero el capitán Samuel no oia á la jóven. Con la cabeza caída sobre el pecho, como si consultase su conciencia, empezó á recorrer la estancia de un extremo á otro, de una manera violenta al principio, más tranquila despues, como si fueran calmándose sus pensamientos. Volvió entonces junto á Margarita, y con un acento en que vibraba la ternura, dijo:

—El viejo Samuel habia creido, engañado por la vanidad, que una jóven podia amarle, sin contar con los años y las heridas. Habia tentado al destino, y el destino le castiga por su egoismo. Sin embargo, el cielo es testigo de que hubiera querido volver alegría por alegría, ó por lo ménos,

derramar bendiciones y acciones de gracias sobre la cabeza de la que habia elegido para mi compañera. Sin duda no habria podido hacer feliz á esa mitad de mi vida y de mi hogar: ahora lo comprendo; pero sería una infamia que tratase de vengarme por no haber sabido hacerme amar, y yo no cometo infamias. Adios..... ¡Sed feliz!.....

—¡Perdon!—exclamó Margarita cayendo á sus piés;—¡tal vez lo merezco!.....

—Levantaos,—repuso el capitán;—no es ese el lugar de una mujer cristiana.

Margarita se levantó y los dos guardaron silencio.

—No solo os perdono,—exclamó el marino,—sino que desde hoy os considero como mi hija: tendreis en mí un segundo padre, y vayais por donde vayais, mi placer será apartar obstáculos de vuestro camino.

Diciendo estas palabras abrió los brazos: Margarita se precipitó en ellos.

—¡Matadme por piedad!—exclamó;—¡puesto que me habeis perdonado, nada me queda ya que hacer en la tierra!

—¡Mataros!—replicó Samuel con expresion sombría;—¡oh! ¡he matado ya! ¡y bien cruelmente me castigais, Dios mio! Si me habeis abandonado, Margarita, la culpa no es vuestra: mis manos están manchadas de sangre, y esa sangre pide

venganza. ¡Hoy he recibido mi castigo!.... Retiraos; no abraceis por más tiempo á un asesino.

Y rechazando dulcemente á Margarita, bajó la escalera y salió de la casa. Entró en la suya tan tranquilo, al parecer, como en un día de abordaje. Cogió la pistola maldita, la limpió, la cargó y la puso sobre su mesa de trabajo. Luego sacó de una cartera su testamento, lo hizo pedazos, y tomando una hoja de papel, escribió lo siguiente:

«He vivido bastante y me siento cansado: voy, pues, á buscar la hora del reposo. Lego á los pobres la mitad de mi fortuna y la otra mitad á mi prometida Margarita. Lego igualmente al contra-maestre Calvé mi reloj y la tabaquera de oro que me regaló el emperador Napoleon.»

Cuando hubo firmado y sellado este testamento, contempló por última vez, no sin cierto enternecimiento, los artesonados de su cámara, de aquella cámara donde habia formado, pocos días antes, los más dulces sueños de felicidad. Este recuerdo le hizo desfallecer; pero afortunadamente el espíritu de fortaleza estaba al alcance de su mano: era la Biblia hugonote de Osterwald; la misma que habia leído su abuelo en la época de la persecucion; que habia leído su madre en las horas de tempestad, en tanto que su marido luchaba contra las olas; que habia leído él mismo, bajo el

sol de todos los climas, en las largas vicisitudes de su vida aventurera. La abrió, y fué pasando hojas hasta que encontró el libro de Job, ese primer grito de dolor del hombre que siente sobre sí la férrea mano del destino.

«Mis espíritus se desvanecen,—leyó;— el sepulcro me espera.»

«Han pasado mis días; han muerto los deseos que llenaban mi corazón.»

Al leer este versículo, el capitán se levantó en un acceso de furor, y abriendo de un puntapié la puerta que daba al jardín, exclamó:

—¡Hay, pues, seres malditos desde la cuna, que jamás deben conocer ese absurdo que se llama felicidad!

Miró su reloj: la aguja no señalaba aún la hora suprema que había escogido para cumplir su resolución, y prosiguió la lectura:

«La cólera mata al insensato; el despecho mata al que está falto de juicio.»

«Recurriré al Dios fuerte: Él hace la llaga y el bálsamo; hiere, y sus manos curan.»

A medida que el capitán vaciaba gota á gota aquella amarga copa de resignación, una paz celestial iba llenando su alma, y el milagro de la gracia parecía realizarse en él, á pesar suyo, sobre todo cuando leyó este versículo:

«Desnudo salí del vientre de mi madre y des-

nudo volveré á la tierra. Dios me lo dió, Dios me lo quitó; hágase su santa voluntad.»

Samuel dejó caer la cabeza sobre el pecho y quedó profundamente pensativo. Es de creer que cuando un hombre duda de sí mismo é inclina su cabeza hácia la muerte, sube del fondo del abismo un vapor que le embriaga: parece que el alma le abandona de antemano y deja obrar al cuerpo, que no comprendiéndose, se destruye. Pero por poco que levante su mirada al cielo, el Dios de la vida penetra en él y le reconcilia con la amarga gloria del sufrimiento. El capitán debió pasar por esa divina crisis de reconciliación, pues apenas leyó estas palabras: «Dios me lo dió, Dios me lo quitó,» arrojó lejos de sí la pistola que había colocado sobre la mesa y se puso en pié. Luego recogió el arma, se la puso debajo del brazo, y fué á echarse de bruces sobre la balastrada de su pequeña azotea.

Después de un momento de contemplación, el capitán tendió hácia el mar la mano armada con la pistola, y disparó: la detonación se perdió en el espacio, rodando de eco en eco á lo largo del acantilado. Una gaviota, espantada, levantó el vuelo lanzando gritos siniestros.

Entonces el marino levantó las manos al cielo, y en la exaltación de su victoria sobre sí mismo, exclamó:

—¡Gracias, Dios mio, porque me has dado fuerza para rechazar la tentacion! El hombre ha nacido para sufrir, y Job, que te bendecia en su infortunio, era mucho más desgraciado. Vivo y viviré: ¡tal vez antes de morir tengo que cumplir una mision sobre la tierra!

## XLII.

Samuel pensaba ya en esta mision. Aunque amaba profundamente á Margarita, despues de la confesion que la jóven le habia hecho no podia en manera alguna llevarla al altar; pero habia adquirido el derecho de protegerla contra la infamia de su seductor, y el marino pensaba ejercerlo en todo con plenitud.

Al dia siguiente fué á ver á Margarita, que palideció al verle.

—Hija mia,—la dijo con dulce acento el capitán,—no es el hombre de ayer quien viene á veros.

En efecto, despues de aquella noche de angustia, solo sentia una tierna compasion por la pobre criatura sacrificada en holocausto al capricho de un desconocido. Habia tomado la resolucion, ridicula para el vulgo, de forzar á un rival á casarse

con su prometida; pero, digámoslo con permiso de los corazones vulgares, las almas bien templadas no son accesibles al rencor, y cuando aman, saben llegar de un vuelo á lo sublime de la abnegacion.

En el momento en que el capitán ofrecia su proteccion á Margarita, Gargani trajo á ésta un billete así concebido:

«Parto mañana: lo exige nuestro comun interés. Tiempos mejores vendrán: en tanto, siempre vuestro, siempre tuyo.»

Y firmaba *Emiliano*.

Margarita leyó temblando este billete, y presentándolo con tranquilo desden al marino, dijo:

—¡Ya estais vengado!

El capitán leyó á su vez la carta, y arrugándola con cólera exclamó:

—¡Miserable!

—A decir verdad,—exclamó Gargani dirigiéndose al capitán,—creo que la venida de ese señorito no ha sido provechosa para nadie, y por mi parte, no me disgustaria que recibiese alguna leccioncilla, como..... por ejemplo.....

Y Gargani provocaba con la mirada al marino.

—Encuéstrate mañana temprano detrás de la cerca del tío Violet.

—¡No le mateis!—dijo Margarita asiendo la mano del capitán.